



Los relatos tradicionales como vehículos de valores éticos

SILVIA KICZKOVSKY
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA



RESUMEN. En este trabajo se parte de la reflexión de Marta Nussbaum en torno a la imaginación literaria y el razonamiento moral, en relación con lo adecuado de algunas novelas para vehiculizar valores éticos, para llegar a las narraciones tradicionales como vehículos de los mismos. La pregunta, formulada desde la lingüística cognitiva es, ¿cuáles son los mecanismos que hacen que los relatos tradicionales puedan ser vehículos de valores éticos? La narración, como actividad mental que se ocupa de organizar la experiencia cotidiana, y las emociones, que responden a sistemas cognitivos, convergen en la manera en que interpretamos relatos y atribuimos valoraciones a los hechos que los constituyen, conformando, a su vez, sistemas de valoración desde los cuales interpretamos otros relatos. Estos sistemas son, además, modelos de conducta. El análisis de la interpretación de un cuento tradicional Sufi ilustra la formulación planteada.

PALABRAS CLAVE: *Relatos tradicionales, narración, actividad mental, valores éticos, emociones, sistemas conceptuales y de valoración.*



RESUMO. Neste trabalho parte-se da reflexão de Marta Nussbaum em torno à imaginação literária e ao raciocínio moral - relacionada com a capacidade de certos romances para transportar valores éticos- para logo apresentar as narrações tradicionais como veículo desses valores. A pergunta que se formula a partir da lingüística cognitiva é: Quais são os mecanismos que fazem com que os relatos tradicionais se transformem em veículo de valores éticos? A narração, como atividade que se ocupa de organizar a experiência cotidiana, e as emoções, que respondem a sistemas cognitivos convergem na maneira de interpretar relatos e atribuir valorações aos fatos que os constituem. Assim se conformam sistemas de valoração a partir dos quais se interpretam outros relatos. Estes sistemas são, além disso, modelos de conduta. A análise da interpretação de um conto tradicional Sufi ilustra essa tese.

PALABRAS-CHAVE: *Relatos tradicionais, narração, atividade mental, valores éticos, emoções, sistemas conceptuais e de valoração.*



ABSTRACT. This paper starts from Marta Nussbaum's reflection regarding literary imagination and moral reasoning in relation with how some novels are adequate vehicles for ethical values, and moves to the point of how traditional narratives can also be conveyors of the same values. The question asked from the viewpoint of cognitive linguistics is: Which mechanisms make possible the operation of traditional narratives as vehicles of ethical values? Narrative as a mental activity responsible for organizing daily experience and emotions as a correlate of cognitive systems, meet in the modes of interpretation of tales, while we ascribe values to the facts which make them up, integrating, on their part, value systems from which we again interpret other narrations. These systems, besides, also become models for behavior. We illustrate these premises through the interpretation of a traditional Sufi tale.

KEY WORDS: *Traditional tales, narrative, mental activity, ethical values, emotions, conceptual and value systems.*

Introducción

Hace algún tiempo llamó mi atención un texto que leí de Marta Nussbaum sobre la imaginación literaria y el razonamiento moral: *Love's Knowledge* (1990). En él, Nussbaum debate con algunos filósofos de la corriente analítica sobre la pertinencia del lenguaje de la filosofía para configurar y transmitir conocimiento ético; ella propone que es el lenguaje literario - de manera más específica, el de ciertas novelas de corte realista- el más adecuado para cumplir con dicha función. En este libro, rescata algunas ideas de Aristóteles sobre la ética y plantea la importancia de la forma en que se organiza el contenido de las ideas filosóficas. La pregunta básica de Aristóteles cuando se formula el problema de la ética tiene que ver con el cómo se debería vivir, esto es, qué es lo que permite llevar una buena vida. Y se trata de una pregunta de orden práctico, de sabiduría de vida, relacionada con las emociones puestas en juego en el vivir, el amor entre ellas, y las experiencias particulares de las personas que participan en la vida, en circunstancias precisas y que poseen determinado tipo de conocimiento.

Por el contrario, prosigue Nussbaum, al hablar de ética, los filósofos analíticos han adoptado un estilo discursivo más emparentado con la ciencia que con el vivir cotidiano; un estilo teórico abstracto, "libre de subjetividades y emociones" que, siguiendo los lineamientos de las ciencias físicas y naturales, habla más de un conocimiento de tipo general y universal, donde las emociones humanas, que tanto tienen que ver con el comportamiento, quedan afuera. Se trata de una ética basada en reglas, a diferencia de lo que Aristóteles

denomina *percepción*, esto es, la habilidad para discernir, de manera adecuada y sensible, los rasgos relevantes de la situación que se está viviendo. La discusión que plantea, entonces, se establece entre una ética basada en lo “general” frente a una ética fundada en lo “particular”; una ética de “reglas” frente a una ética de la “percepción”, del discernimiento; una ética en “abstracto” frente a una ética de lo “concreto”. La forma no está separada del contenido filosófico, dice Nussbaum, por lo tanto, un lenguaje abstracto sólo puede hablar de reglas generales, de universales y no de particulares. De este modo, la narración, como género discursivo que organiza acciones concretas y particulares llevadas a cabo por agentes movidos por intenciones y emociones es la más adecuada para desarrollar la *percepción* aristotélica.

Sin querer introducirme al campo de la filosofía, hago alusión a la lectura de Nussbaum porque detonó en mí una serie de preguntas que traslado a mi ámbito de trabajo y a mis propios intereses. La autora mencionada se limita a las novelas realistas como la forma narrativa que hace posible el desarrollo de la *percepción*; yo quisiera extender las novelas, en tanto comparten una misma categoría, a otras formas narrativas y pasar de los géneros discursivos secundarios a los géneros discursivos primarios, en términos de Bajtín (1982), esto es, a aquellos discursos que corresponden a dominios de la vida cotidiana y no a los que surgen de la complejización de los primeros como son la literatura y la ciencia o la filosofía. Mientras los géneros discursivos primarios remiten directamente a la experiencia de las cosas, de la realidad, los secundarios se conforman remitiendo a otros enunciados, aquellos que conforman los géneros primarios. Por eso quiero referirme en este trabajo, específicamente, a formas narrativas como los relatos orales o las leyendas que forman parte de una tradición, en tanto últimamente he estado pensando en ellas como pivotes importantes en la conformación del *ethos* de una cultura (Kiczkovsky, 2001) Específicamente, cuentos que se inscriben dentro del orden de las leyendas de hombres de fe, de hombres místicos, en diferentes tradiciones.

La pregunta que me formulo, desde las ciencias cognitivas, mi ámbito de trabajo, y que me fue inspirada por la lectura de Nussbaum, es la siguiente: ¿cuál es la característica de estos textos narrativos que les permite ser vehículo de valores éticos? Por otra parte, ¿son absolutamente opuestas la forma narrativa y la de otros géneros discursivos como la explicación, de modo tal que sólo la narración haga posible la transmisión de valores éticos? A mi entender, son dos modalidades de entramar la experiencia, dos tipos de experiencia: la del vivir y la del conocer y la experiencia del conocer se construye sobre la del vivir cuando un observador se instala como tal y se aleja del vivir. La forma narrativa sería, desde esta perspectiva, la base de todo conocimiento. En este sentido, no existe necesariamente una oposición *percepción vs. regla* y es lo que quiero mostrar. Voy a considerar aquí a la narración como un modo de entramar la experiencia y como una actividad mental, como forma básica del pensamiento humano.

Marco conceptual

Jerome Bruner (1986), postula la existencia de dos modalidades de funcionamiento cognitivo, dos modalidades de pensamiento: la narrativa y la paradigmática, y cada una de ellas presenta formas características de ordenar nuestra experiencia del mundo. El pensamiento narrativo está basado en las vicisitudes de las intenciones humanas. “La intención y sus vicisitudes” constituyen, en palabras de Bruner, un sistema primitivo de categorías en función del cual se organiza la experiencia y que se relaciona con la animicidad. Para el pensamiento paradigmático, ese sistema primitivo es la causalidad y trata de cumplir el ideal de un sistema formal, de descripción y explicación. Además, establece formas de relacionar los conceptos y categorías a fin de constituir un sistema, entre cuyos conectivos figuran, en el aspecto formal, la conjunción y la disyunción, la hiperonimia y la hiponimia, la implicación, los mecanismos por los cuales se extraen proposiciones generales a partir de enunciados de contextos particulares. Se ocupa de causas generales y da como resultado una teoría sólida, argumentaciones firmes y descubrimientos empíricos guiados por hipótesis razonadas.

El pensamiento narrativo, en cambio, produce buenos relatos, obras dramáticas, crónicas creíbles aunque no necesariamente verdaderas. Tal como mencionamos anteriormente, se ocupa de las intenciones y acciones humanas y de las vicisitudes y consecuencias que marcan su transcurrir. Existe en esta modalidad un elemento esencial que modula las acciones humanas: las emociones. El pensamiento narrativo entrama la experiencia básica del vivir, le da sentido a esa experiencia, al mundo en general y a nosotros mismos como individuos. Nos permite construir una memoria, tanto personal como colectiva, explicar acontecimientos que salen del marco de lo común, planear a futuro nuestras acciones, introducirnos en mundos distintos a los nuestros, aprender de las acciones de los otros.

Para Bruner (1990) habría incluso una predisposición pre-lingüística hacia esta forma de pensamiento que se centra en la función comunicativa y en el plano contextual. Esto quiere decir que las intenciones comunicativas existen antes de que el niño maneje el lenguaje formal y que pueda expresar esas intenciones de manera verbal. Esta predisposición pre-lingüística la concibe como una forma de representación mental detonada por las acciones y expresiones de las otras personas y por ciertos contextos sociales básicos en los cuales los humanos interactúan. Sugiere que esta predisposición al significado social es un producto de nuestro pasado evolutivo.

Pasando al plano de lo lingüístico, cuando se trata de comunicar, son las unidades discursivas las que cumplen con una función “pragmática” o de interacción en un contexto dado, y “matética” o de organización de la experiencia. Una de las formas discursivas más ubicuas y poderosas en la comunicación es la narración. La estructura narrativa es inherente a la práctica de la

interacción social antes de que se logre la expresión lingüística. Sin embargo, las funciones discursivas requieren de formas gramaticales para su realización. La propuesta de Bruner es que es la necesidad de construir narraciones lo que determina la aparición de las formas gramaticales en el niño.

Si es cierto que tenemos una cierta predisposición para la organización narrativa que nos permite comprenderla y utilizarla de manera fácil y rápida, la cultura nos equipa pronto con nuevas formas de narración a través de la tradición de contar e interpretar en la cual participamos. Los niños llegan a reconocer pronto que lo que han hecho o planean hacer será interpretado no sólo por el acto mismo sino también por cómo lo cuentan y eso los induce a crear estrategias narrativas. Bruner plantea incluso que el inicio de la comprensión social comienza con una práctica en contextos particulares donde el niño es un protagonista —un agente, una víctima, un cómplice— es decir, juega papeles de diferente tipo en la interacción que constituye el drama familiar cotidiano en el cual participa.

Por su parte, la lingüística cognitiva no habla de roles sociales en la construcción de estructuras narrativas, sino más bien de la manera en que organizamos conceptualmente nuestra experiencia del mundo por medio de diversos mecanismos cognitivos. En este sentido, Ronald Langacker (1991) explica la categoría de evento desde la idea de la acción que acontece y desde una concepción de dinámica de fuerzas postula que tendemos a concebir el mundo como poblado por objetos discretos, cada uno de los cuales ocupa una posición distinta. Algunos de estos objetos son capaces de moverse y de interactuar con otros, principalmente a través del contacto físico directo. El movimiento es dirigido por la energía que algunos objetos son capaces de generar internamente y otros la reciben desde las fuerzas externas.

Nuestra habilidad para interactuar perceptualmente con otras entidades da lugar a una concepción a la que denomina “modelo de escenario”, donde nuestro rol como observadores es análogo al de alguien mirando una obra de teatro. El observador es capaz de centrar su mirada (su punto de vista) sólo sobre una parte del mundo que lo rodea; es el lugar donde pone su atención focalizando algunas acciones sobre las acciones que suceden como en un escenario siguiendo una línea temporal. Además, a partir de las innumerables instancias en las que percibimos los objetos o entidades funcionando en esta dinámica de fuerzas, les atribuimos roles típicos. Está el rol de *agente* que es el de una persona que lleva a cabo acciones físicas de manera voluntaria, cuyo resultado es un contacto con algún objeto externo y la transmisión de energía a ese objeto. Su opuesto es el rol de *paciente* inanimado que absorbe la energía transmitida por el agente físico externo y por ese medio produce en él un cambio de estado. El rol de *instrumento* que es el de un objeto inanimado manipulado por un agente para afectar a un paciente. El *experienciador*, una persona comprometida en una actividad mental. Esta es la representación prototípica de un evento de acción al que podemos emparen-

tar con la idea de Bruner del sistema primitivo de categorías en función del cual se organiza la experiencia, que está en la base del pensamiento narrativo y que se relaciona con la animicidad.

Mark Turner (1996) ve estas estructuras de eventos como esquemas cognitivos básicos a los que denomina “micro-relatos espaciales” y señala que están en el origen del pensamiento humano. El relato, agrega, como *actividad mental*, es esencial para el pensamiento humano aunque trabaja a nivel inconsciente, y lo identifica con estos esquemas espaciales (ver Johnson, 1987) del tipo “el viento mueve las nubes en el cielo”, “el niño arroja una piedra”, “la señora sirve el té en la taza”, donde hay objetos animados que llevan a cabo acciones sobre un paciente. Existe una capacidad para reconocer y ejecutar micro-relatos espaciales que se equipara a la capacidad de hablar, de percibir el color o de distinguir sonidos. La propuesta de Turner también nos recuerda la de Bruner cuando plantea una predisposición hacia la estructura narrativa como forma básica de organizar el sentido anterior al desarrollo del lenguaje verbal. A diferencia de Langacker que parte de un modelo más basado en la física, donde se trata de objetos en general que originan energía o la reciben, Turner postula que el modelo más básico de experiencia no es el del físico, sino una organización que involucra categorías básicas a escala humana: un agente con intencionalidad, con motivos, que lleva a cabo acciones sobre otras entidades.

Turner introduce además la noción de parábola en la que combina el relato y la proyección a la manera de proyección metafórica (Lakoff, 1993), en la cual, algunas características de un dominio fuente son trasladadas hacia un dominio meta, lo cual permite comprender a este último en función del primero. En la parábola, como mecanismo constructor de nuevo sentido -al igual que la metáfora- un espacio narrativo es proyectado sobre otro espacio narrativo creando *espacios mixtos* en los cuales emergen nuevos significados. Este tipo de proyecciones da lugar también a las estructuras gramaticales. Las oraciones provienen de los micro-relatos por medio de la parábola. Ésta arrastra todos los procesos cognitivos involucrados en el relato y crea una estructura gramatical para los sonidos vocálicos que permiten la expresión del lenguaje. Hay una estructura narrativa conceptual, semántica, que incluye un agente, una acción, un objeto, una dirección. La estructura gramatical incluye una frase nominal seguida por un verbo, seguida por una frase nominal, seguida por una frase proposicional, con la primera frase nominal como sujeto y la segunda frase nominal como objeto directo. Se trata de una estructura de relato concebida a nivel conceptual, como actividad mental y como configuración de base de nuestra experiencia. De este modo, la gramática surge de las operaciones conceptuales. El imaginar narrativo funciona como una red de estructuras de relato relacionadas; la gramática, como una red de construcción.

Pero las actividades mentales también dependen de las secuencias. La estructura lineal se impone en la necesidad de dar expresión tanto a una frase musical, como a una oración o un relato. Un elemento va después del otro y tenemos la capacidad de reconocer esta secuencia como un todo. Reconocer micro-relatos espaciales requiere que reconozcamos no sólo objetos involucrados en eventos sino también secuencias de estas situaciones. Al reconocer micro-relatos espaciales, estamos reconociendo no sólo una secuencia de objetos particulares que participan en eventos particulares, sino también una secuencia de objetos que pertenecen a categorías que intervienen en eventos que pertenecen a categorías.

Hasta aquí hemos hablado de la manera en que organizamos nuestra experiencia del mundo exterior: es el panorama de la acción. Hay otro panorama en la narración, el de la conciencia: lo que saben, piensan o sienten, o dejan de saber, pensar o sentir los que intervienen en la acción (Bruner, 1986). Las acciones no pueden separarse de los pensamientos y las emociones. Los pensamientos conforman sistemas de creencias que modulan nuestro vivir y las emociones, que también tienen una organización cognitiva, son móvil de las acciones y se relacionan con los sistemas de creencias. Si queremos explicar por qué ciertas formas narrativas son adecuadas para la transmisión de valores éticos, no podemos dejar de lado a las emociones en tanto juegan un papel primordial en lo que a la ética concierne.

Ortony, Clore y Collins, (1996) consideran que las emociones, además de su carácter fisiológico y conductual, tienen un carácter cognitivo. Proceden de las interpretaciones cognitivas impuestas a la realidad y no de la realidad en sí misma. No todos reaccionamos de la misma manera ante un mismo acontecimiento. Estos autores proponen, además, que las emociones conforman un sistema general con estructura cognitiva y que también existe una estructura de emociones individuales, que se refiere a la manera concreta de reaccionar de una persona determinada ante acontecimientos, agentes u objetos, dependiendo de la valoración que de éstos haga. En síntesis, existe un sistema de valoración constituido por tres ingredientes: metas, normas y actitudes, que son los criterios para evaluar los acontecimientos, la acción de los agentes y los objetos, respectivamente, los tres aspectos del mundo más importantes tomados en consideración.

Nos concentramos en los acontecimientos cuando nos interesan sus consecuencias, en los agentes, cuando nos interesan sus acciones, y en los objetos, cuando estamos interesados en ciertos aspectos o propiedades que éstos poseen. Las reacciones pueden ser positivas o negativas, de lo cual se desprende una tipología de las emociones. De manera general, un acontecimiento se considera *deseable o indeseable* en función de un criterio de deseabilidad. Para las acciones de los agentes, el criterio es la plausibilidad y las reacciones son de *aprobación y desaprobación*. Para la clase de los objetos, las reacciones

básicas son de *agrado y desagrado*, asociadas con emociones de atracción que se dan en función de la capacidad de atraer a los objetos. A partir de esta tipología se construye una gama de emociones que son las que conocemos como amor, odio, envidia, enojo, alegría, miedo, etc.

Con Bruner, decíamos que para el niño la narración es una modalidad básica de atribuir sentido a la experiencia cotidiana en tanto participa como agente con diversos roles en el drama familiar y posteriormente relata sucesos en los cuales participa. Cuando comienza a crearse una trama narrativa, es decir, cuando los eventos van adquiriendo una organización secuencial a partir de diversas relaciones, las acciones están mediatizadas simbólicamente (Ricoeur, 1987) y se les atribuye otro tipo de significado que depende de la interpretación que se hace a partir del sistema de normas de una cultura y de las metas y normas individuales, que a su vez se relacionan con las emociones. Lakoff y Johnson (1999) postulan la existencia de un inconsciente cognitivo conformado por la totalidad de los sistemas conceptuales. Si como vimos anteriormente, las emociones tienen una estructura cognitiva organizada a nivel conceptual, entonces forman parte del sistema general. De este modo, no sólo organizamos la experiencia básica como agentes, objetos y eventos, sino que también hacemos evaluaciones sobre los *objetos*, los *agentes* que llevan a cabo acciones y los *acontecimientos* o eventos, dependiendo de la estructura cognitivo-emocional y del sistema de valoraciones que hemos desarrollado en nuestro medio y que se establece en función de las evaluaciones que hemos aprendido en nuestro medio familiar y socio-cultural. Participamos desde niños en tramas de conversaciones donde estos mecanismo son permanentemente puestos en juego y estas tramas de conversaciones nos llevan al desarrollo de sistemas conceptuales complejos que involucran también emociones relacionadas con un sistema de creencias. Nuestros sistemas conceptuales, además de organizar nuestro conocimiento del mundo, también rigen nuestra forma de actuar (Lakoff y Johnson, 1986). En este sentido, los relatos escuchados se constituyen en modelos *de* una forma de comportamiento y en modelos *para* aprender formas de comportamiento (Geertz, 1973). De este modo, las estructuras narrativas que se organizan como secuencias de eventos donde hay agentes que ejecutan acciones con determinadas intenciones y en ciertas circunstancias, lo que expresan muchas veces son formas de comportamiento que pueden ser evaluadas de acuerdo con un sistema de normas y valores.

Aquí podemos retomar la idea planteada más arriba sobre la oposición entre lo general *vs.* lo particular, la regla *vs.* la percepción. La narración propone una situación particular, concreta, frente a la cual el intérprete puede hacer uso de la *percepción* aristotélica. Se trata de la valoración de las acciones de los agentes o de los acontecimientos o de los objetos desde la emoción que nos provoca. Esta evaluación se realiza desde el sistema conceptual que involucra

metas, normas y emociones relacionadas con ellas, sistema que se ha desarrollado a lo largo de la vida de los individuos en las tramas de conversaciones en las que se han visto involucrados. Es muy probable que la narración sea antes que la norma o la regla -en tanto la hemos concebido como actividad mental básica, como forma de entramar la experiencia cotidiana- y que la regla sea producto de mecanismos de generalización de las conductas particulares que expresan las narraciones. Esto nos habla de que podemos considerar a la regla y a la percepción no como opuestos, sino como niveles diferentes de cognición que se necesitan mutuamente en tanto uno es sistema (las reglas o normas) y el otro manifestación (la narración) y que si bien la narración es antes, en la recursividad cognitiva donde los orígenes se pierden, finalmente se co-determinan en esta idea de que las narraciones son *modelo de y modelo para*.

Análisis

Como lo adelanté en la introducción de este trabajo, lo que me interesa mostrar es la manera en que determinados tipos de relatos de tradición oral son transmisores de valores éticos y conformadores de un *ethos* en algunas comunidades. Me refiero específicamente a relatos que forman parte de una tradición religiosa mística en las diferentes culturas religiosas. Entre los judíos, por ejemplo, existe la comunidad jasídica que posee un acervo muy importante de relatos que son leyendas de los hombres más sabios de esa comunidad. La vida de éstos son ejemplo para sus seguidores porque sus actos son la manifestación de un modo de vida que tiene que ver con el cumplimiento de todos los preceptos que les permiten llegar a la *debecut*, estos es, la unión mística o el hallazgo de la gracia de Dios. En la tradición cristiana son muy conocidas las parábolas bíblicas y los relatos y leyendas de santos. Entre los musulmanes, también hay una tradición mística representada por hombres sabios a los que se les llama *derviches*.

El cuento que voy a analizar a modo de ejemplo se inscribe justamente dentro de esta última tradición. Se trata de un relato tomado de una recopilación que realiza Idries Shah (1988) de cuentos de derviches, esos sabios místicos de la cultura musulmana que dejaban la vida mundana para desprenderse de todas las posesiones y dedicarse a andar por el mundo en busca de sabiduría y transmitiéndola al mismo tiempo. Son relatos que datan desde el Medioevo hasta el siglo XIX. Suelen darle el nombre de “la parábola de la negligencia” y a pesar de ser conocido como un cuento folclórico muy antiguo, la forma literaria que asume aquí se debe a un derviche desconocido del siglo XVII, Amil-Baba. Con este análisis quiero mostrar las características propias del relato que hacen posible la transmisión de valores y la manera en que el intérprete, en este caso yo, establece significado al interactuar con el mismo. En primer lugar voy a presentar el cuento:

LAS PUERTAS DEL PARAÍSO

Había una vez un buen hombre. Pasó toda su vida cultivando las cualidades prescriptas a aquellos que alcanzarían al Paraíso. Ayudó generosamente a los pobres, amó y sirvió a sus semejantes. Recordando la necesidad de tener paciencia, soportó grandes e inesperadas privaciones a menudo en beneficio de otros. Ejecutó travesías en busca de conocimiento. Su humildad y su ejemplar comportamiento fueron tales que su reputación de hombre sabio y buen ciudadano resonó desde Oriente al Occidente y desde el Norte al Sur.

Todas esas cualidades ciertamente las ejecutaba -todas las veces que se acordaba. Pero tenía un defecto: la negligencia. Esta tendencia no era fuerte, y él consideraba que, contrapesaba con otras cosas que practicaba, sólo podía ser vista como una falta pequeña. Hubo algunos pobres a quienes no ayudó, pues de tiempo en tiempo tornábase insensible a sus necesidades. Algunas veces, también, olvidaba amar y servir, cuando surgía en él aquello que consideraba como necesidades personales, o al menos, deseos. Le gustaba dormir; y a veces cuando estaba dormido, las oportunidades de buscar conocimiento, o de entenderlo, o practicar real humildad, o aumentar en algo la cantidad de buenas acciones, pasaban de largo, y no volvían.

Así como las buenas cualidades dejaron su huella en su ser esencial, así lo hizo también la característica de la negligencia. Fue entonces cuando murió. Encontrándose más allá de esta vida y encaminándose hacia las puertas del Jardín Amurallado, el hombre se detuvo para examinar su conciencia y sintió que su oportunidad de pasar por los Altos Portales era suficiente. Vio que las puertas estaban cerradas; y entonces una voz se dirigió a él diciendo: “Permanece atento, pues las puertas se abrirán una vez cada cien años.” El hombre se acomodó a esperar, excitado ante la perspectiva. Pero perdidas las oportunidades de practicar virtudes en favor de la humanidad, se dio cuenta de que su capacidad de atención no le era suficiente. Después de estar atento durante un lapso que le pareció un siglo, comenzó a cabecear de sueño. Por un instante se cerraron sus párpados. Y en aquel momento infinitesimal, se abrieron las puertas de par en par. Antes de que sus ojos estuvieran de nuevo completamente abiertos, las puertas se cerraron: con un estruendo lo suficientemente fuerte como para resucitar a los muertos.

El relato consta de tres partes que coinciden con cada una de los tres párrafos del texto. En la primera se presenta al personaje, un buen hombre, y se habla de sus cualidades. En la segunda, se habla de su cualidad negativa: la negligencia; y en la tercera, de las consecuencias de su defecto. Vayamos a la primera parte en la cual se establece la presentación del personaje, “Había una vez un buen hombre” y donde de manera inmediata aparece la evaluación del narrador: *buen* hombre. La oración que sigue indica los motivos de tal evaluación y presenta de manera general el sistema de normas y la meta que, desde esa cultura y modelo de vida, hacen que la evaluación de *bueno*, sea posible: “Pasó toda su vida cultivando las cualidades prescriptas para aquellos que alcanzarían el Paraíso”, donde la norma tiene que ver con determinadas cualidades que se deben cultivar a lo largo de la vida y la meta es alcanzar el Paraíso. A continuación se describen las cualidades que se deben cultivar y que efectivamente son desarrolladas por el buen hombre y que corresponden a acciones a ejecutar, más particularmente a comportamientos específicos.

De hecho, los verbos que aparecen son conductuales:

- (1) *Ayudó* generosamente a los pobres...
- (2) *Amó* y *servió* a sus semejantes ...
- (3) ...*soportó* grandes e inesperadas privaciones....
- (4) ...*ejecutó* grandes travesías *en busca de* conocimiento...

Aparecen cualidades nominalizadas: la *paciencia* y la *humildad*, la primera indicando la necesidad de tenerla y la segunda junto con la nominalización que realiza el resumen de los comportamientos anteriormente descritos y el resultado de tales acciones que es, a su vez una de las metas intermedias para llegar a la meta principal: “Su *humildad* y *su ejemplar comportamiento* fueron tales que su reputación de hombre sabio y buen ciudadano resonó...”, cerrando esta primera parte del relato. Tenemos hasta aquí la presentación del personaje (el agente) que es evaluado por el narrador por cumplir con las normas prescritas por su cultura para llegar a la meta después de una vida de cultivo de esas normas que corresponden a determinadas conductas y el resultado positivo de cumplir con las conductas.

En la segunda parte del relato comienzan restricciones en su conducta que están marcadas por elementos temporales y de cantidad, y por elementos del orden de lo mental en el agente y la aparición del defecto o la falta de una cualidad: la negligencia o la falta de atención. Veamos las marcas discursivas en lo temporal y en la cantidad:

- (5) Esas cualidades las ejecutaba, *todas las veces* que *se acordaba*.
- (6) Hubo *algunos* pobres a quienes no ayudó.
- (7) ...pues *de tiempo en tiempo* tornábase insensible a sus necesidades.
- (8) *Algunas veces* también *olvidaba* amar y servir ...
- (9) ...y *a veces* cuando *estaba dormido*...
- (10) ...*cuando* surgía en él aquello que *consideraba* como necesidades personales...

El otro elemento interesante, tal como ya lo mencioné, tiene que ver con ciertas características mentales del agente que se expresan en procesos donde hay verbos que indican acciones mentales y que he indicado con cursivas en las cláusulas de más arriba. Aparece en esta parte del relato una oposición entre la evaluación de la conducta del personaje que realiza el narrador y la evaluación que el personaje hace de él mismo. En tanto el narrador hace aparecer el defecto de la negligencia por las restricciones que le impone a las conductas del personaje, para el personaje mismo, lo que hace es suficiente para lograr la meta, tal como lo atestigua la cláusula siguiente:

- (11) Esta tendencia no era fuerte y él *consideraba* que, contrapesada con otras cosas que practicaba, sólo podía ser vista como una falta pequeña.

La tercera parte del relato comienza con una cláusula que presenta características muy interesantes:

(12) Así como las *buenas cualidades dejaron* su huella en su ser esencial, así lo *hizo* también la *característica de la negligencia*.

Las *buenas cualidades* y la *negligencia* son conceptualizadas como agentes que llevan a cabo una acción muy importante: dejar una huella en el ser del hombre, a diferencia de las veces anteriores donde las cualidades se concebían como objetos que eran poseídos o calificados. Esto cambia la perspectiva porque el hecho de que un agente deje una huella en el ser de alguien indica que forma parte de la experiencia de esa persona, de su modo de ser total, ya no como forma de comportamiento en circunstancias dadas y, por lo tanto, siempre su comportamiento será así, de manera inconsciente. A modo de posesión, las cosas se pueden tener o perder; cuando forman parte del ser, permanecen siempre.

La evaluación del personaje sigue siendo positiva en relación con su conducta al morir y se expresa también en procesos mentales:

(13)el hombre se detuvo para *examinar* su conciencia...

(14,)...*sintió* que su oportunidad de pasar por las puertas del Jardín Amurallado eran suficientes.

El desenlace del relato consiste en una prueba que se le impone al hombre para lograr su meta: *permanecer atento*, otra acción de carácter mental que le permitirá cruzar las puertas del Paraíso en un momento infinitesimal en que se abren cada cien años. Ante la prueba, el hombre *se da cuenta* de que su capacidad de atención no es suficiente porque no está llevando a cabo acciones en favor de la humanidad. Ya no hay evaluación del narrador. La conducta del hombre y las acciones concretas de las puertas, al abrirse y cerrarse, hablan por sí mismas. Las conclusiones y la evaluación deben ser hechas por el intérprete en la medida de sus posibilidades. En primer lugar, qué le sucedió al hombre. Finalmente, después de una vida de esfuerzo por ganarse el Paraíso, no lo logró. Le faltó desarrollar la atención, luchar contra la negligencia.

Pero hay otro nivel de interpretación. Las consecuencias de las acciones del hombre son particulares. No olvidemos que esto es característico de la narración. Sin embargo, como intérprete puedo inferir que toda persona que manifieste las mismas conductas sufrirá las mismas consecuencias, y así, ir de lo particular a lo general, de lo específico a lo genérico. ¿Cómo se lleva a cabo este proceso? También por medio de una proyección. Turner y Lakoff (1989) proponen la existencia de una metáfora de nivel genérico, LO GENÉRICO ES ESPECÍFICO¹, que proyecta un esquema simple de nivel específico so-

bre un amplio número inespecífico de esquemas de nivel específico paralelos que tienen todos la misma estructura de nivel genérico que el esquema del dominio fuente. En este caso, el dominio fuente de la metáfora es la conducta del hombre del relato que se proyecta sobre un número ilimitado de dominios de otras personas que pueden presentar la misma conducta y, por ende, sufrir las mismas consecuencias. Por último, al llevarse a cabo la evaluación, esta generalización se transforma en una norma que entra al sistema de evaluación del intérprete, que se va a relacionar con un sistema de creencias, que va a determinar una manera de actuar.

El buen hombre no logró entrar al Paraíso a causa de su negligencia (particular)— Toda persona negligente no logrará entrar al Paraíso (general)— No se debe ser negligente (norma)

Ahora bien, qué es lo que hace que este relato funcione como parábola, es decir como un relato que deja enseñanzas. Si retomamos la noción de parábola de Turner, como proyección de un relato, se establece una relación entre dos espacios mentales narrativos: el del hombre del cuento que no logra entrar al paraíso por su negligencia, y el de la vida del intérprete del relato que asume el punto de vista del personaje porque comparte un sistema de creencias, de metas, de normas y porque posiblemente se encuentra o puede encontrarse en una situación similar a la de éste. Una fusión conceptual (*blending*) de ambos espacios lleva al intérprete a ver su propia vida como la del personaje, es decir, se comparte una trama narrativa, creencias, valores, emociones. Esta fusión produce el efecto que tiene esta parábola de funcionar como constructor de sabiduría que pasa a formar parte del intérprete.

El intérprete puede llegar a otro tipo de interpretación donde entrar al Paraíso es metáfora del retorno al estado de gracia del hombre, del encuentro con la divinidad. En este caso, desarrollar una forma de comportamiento acorde con las normas de esa tradición lleva a lograr la meta que ya no es el Paraíso en su uso literal, como lugar, sino como retorno al estado de gracia. Pero las interpretaciones dependerán de los sistemas cognitivos del intérprete, de sus creencias, de sus sistemas valorativos que harán que el relato despierte ciertas emociones en él y se sienta identificado con el mismo. Puede suceder también que el relato simplemente no llegue de esta manera al que lo escucha o provoque rechazo en él. Esto dependerá también de sus sistemas conceptuales.

Conclusiones

He querido mostrar aquí algunas de las características de un texto narrativo tradicional que hacen posible la transmisión de valores éticos y la manera en que interactúa con un intérprete. Son sólo algunas consideraciones que

hacen al relato escogido. Cada relato mostrará especificidades propias, pero al mismo tiempo compartirá con los otros el hecho de poseer una estructura en la que aparecen agentes con intenciones, motivaciones, objetos, acciones de diversa índole. Las acciones de estos agentes, mediatizadas por los sistemas cognitivos de quien narra o de los personajes o del intérprete, dan por resultado evaluaciones, que generan a su vez determinadas emociones. Hay muchas maneras de interpretar una narración dependiendo de los sistemas conceptuales del intérprete. Pero siempre existe la posibilidad de pasar de las acciones particulares y sus consecuencias a reglas de comportamiento, a conductas generales que pueden devenir en normas por procesos de generalización. Cuando esas normas son aceptadas, se incorporan al sistema de evaluación del intérprete, desde el cual evaluará de ahí en adelante otras conductas, incluidas las suyas propias. De ahí la idea de que las narraciones son *modelos de* y *modelos para*. Y también la idea de que no hay una oposición entre regla y percepción. Se pueden evaluar las conductas para el buen vivir dependiendo de los contextos en los que esta conducta aparece, pero siempre se evalúa desde un sistema en el cual hay reglas que hablan de lo genérico en el ámbito de las mismas. A su vez, las reglas pueden ser ejemplificadas en conductas particulares que se expresan en narraciones, en un camino de ida y vuelta, no como opuestos irreconciliables.

NOTAS

1. Se utilizan las mayúsculas por ser la notación convenida por Lakoff y Johnson para indicar metáforas conceptuales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAJTIN, M. M. (1982). *Estética de la creación verbal*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- BRUNER, J. (1990). *Acts of meaning*. Cambridge & Londres: Harvard University Press.
- BRUNER, J. (1986). *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa.
- FAUCONNIER, G. (1997). *Mapping in thought and language*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GEERTZ, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- JOHNSON, M. (1987). *The Body in the Mind*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Kiczkovsky, S. (2001). Narración y tradición. En *Elementos, Ciencia y Cultura*. N° 41. Vol. 8. Pp. 57-62. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- LAKOFF, G. (1993). *The Contemporary Theory of Metaphor*. En Ortony, A. (comp.) Cambridge: Cambridge University Press. Pp. 202-250.
- LAKOFF, G. & MARK, J. (1986). *Las metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

- LAKOFF, G. & JOHNSON, M. (1999). *Philosophy in the Flesh*. New York: Basic Books.
- NUSSBAUM, M. (1990). *Love's Knowledge. Essays on Philosophy and Literature*. New York/Oxford: Oxford University Press.
- ORTONY, A., CLORE, G. & COLLINS A. (1996). *La estructura cognitiva de las emociones*. Madrid: Siglo XXI editores.
- RICOEUR, P. (1987). *Tiempo y narración*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- SHAH, I. (1988). *Cuentos de los derviches*. México: Paidós Orientalia.
- TURNER, M. & LAKOFF, G. (1989). *More than Cool Reason: a field guide to poetic metaphor*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- TURNER, M. (1996). *The Literary Mind*. Nueva York & Oxford: Oxford University Press.



SILVIA KICZKOVSKY se desempeña como docente e investigadora en el postgrado en Ciencias del Lenguaje del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla, México. Ha realizado trabajos de investigación sobre la producción y comprensión de textos en el discurso escolar dentro de los marcos de la lingüística del texto y del análisis del discurso. Actualmente incursiona de manera interdisciplinaria en las ciencias cognitivas y el análisis del discurso, desde donde ha publicado varios artículos en torno a diversos temas que consideran la relación entre el discurso y la construcción del conocimiento. Participa en el programa de la Cátedra UNESCO para la Lectura y la Escritura en América Latina.

Correo electrónico: skiczkov@siu.buap.mx